

Cuando el Dr. Méndez y yo caminábamos hacia aquella UCI, algo impasibles y cansados, no podría imaginar que menos de un mes después estaría al otro lado, no como paciente sino como familiar. Aquel fue el primer pensamiento que tuve el pasado 28 diciembre, mientras el tío Tomás pronunció, en un gesto ahogado, aquel “ya está”, en el que la navidad perdió el candor en nuestra familia. La tía Pilar gritó, su marido la abrazaba. Papá y mamá se miraron horrorizados. Yo solo sostuve a mi hermano, por miedo a que se rompiese, a que esa sensación de quebrantamiento que tenía yo se tradujese en él. Noe, la enfermera de UCI, vino y me puso la mano en el hombro, me dijo que lo sentía mucho. La tía Luisa se sentó en el sofá y negó con la cabeza. Mis pensamientos iban a la velocidad de la luz y se detenían en mi pecho, ahogándome. Pensé en el abuelo, que estaba en casa dormido, no sabía cómo iba a sobrevivir a la muerte de su otra hermana. Pensé, de nuevo, en mi hermano, en la herida que le estaba dejando toda esta debacle, en que nunca había visto un cuerpo, y menos aún el de nuestra adorada tía, la persona que nos enseñó a querer, a humanizar. Pensé en mi prima Julia, que estaba en Costa Rica pasando las fiestas y no podría despedirse de ella. Pensé en mi padre, que vería para siempre ensombrecidas unas de sus fechas favoritas. En mí, que no sabía cómo iba a volver a reírme sin ella, a pisar una UCI sin temblar, a atender a un paciente sin verla.

El cerebro humano, incluso las emociones, a pesar de su fama catártica, tiene una identidad ordenada y precisa. El mío, cuando mi padre me llamó para decirme que faltaban horas, pensó inmediatamente en que se lo debía contar a mi hermano, en que ese sería el recuerdo que le quedaría para siempre, en que lo tenía que hacer bien. Me di dos minutos para llorar en la habitación y pensar en Manuela, la

profesora de psicología médica, con la que estuvimos el día de la simulación sobre malas noticias. Aquel jueves había dormido poco y para colmo me tocó participar en la simulación, recuerdo que me molesté, que tuve pánico escénico, que me sentí agobiada e incómoda, que me hice pequeña en mí misma, hasta que apareció el actor. Ese actor que me abrazó cuando terminamos el escenario, que me enseñó tantísimo. Mi hermano Alberto estaba en el salón jugando a un videojuego, y antes de ir a hablar con él, de nuevo, me repetí las palabras de Augusto Morri, “si puedes curar, cura. Si no puedes curar, alivia. Si no puedes aliviar, consuela. Si no puedes consolar, acompaña”, y traté de aplicarlas lo mejor que pude. A los estudiantes de Medicina nos cuesta contemplar una circunstancia en la que ni siquiera se pueda llevar a cabo el primer postulado, curar, pero la realidad es otra, y ese día sentí un profundo agradecimiento de que mi primera mala noticia hubiese sido ficticia y ensayada, para que ésta, tan agonizante y profundamente personal, le diese a mi cerebro, al menos, un esquema al que ceñirse. Mi hermano, como es lógico en un estado de shock, no aceptaba la situación una vez se la revelé. Le pedí, aunque nada me ha costado tanto nunca, que me preguntase todo lo que quisiese saber, pues, como dice ese axioma de la medicina infecciosa, “el líquido que no se mueve, tiende a infectarse”, y lo último que necesitaba Alberto era contaminarse de preguntas sin respuesta, de cuestiones estancadas en su corteza prefrontal, como estaban en la mía. Cada una, como una daga afilada, la trataba de responder de la mejor manera posible: “Pero Sara, ¿qué ha pasado? Si hace tres días estaba perfectamente”, “¿qué es eso de desenchufar? ¿La quieren matar?” “¿Por qué no luchan más por ella?” “¿Por qué la gente se muere tan rápido?” “¿Me puedes volver a explicar qué es la sepsis?” “¿A ti no se te ocurre nada que podamos hacer?”. Cuando terminó, tan tierno y estoico como siempre, lloró en silencio y me dijo que

llamase a papá y le comunicase que nosotros también queríamos ir al hospital a despedirnos de ella.

Cuando mamá y yo entramos a aquel pequeño cubículo transparente de la UCI de Can Misses, me dijo, “venga Sara, que yo sabía que cuando vinieses tú lo ibas a arreglar, date prisa”. De la mano de la primera mala noticia verdadera, llegó la primera decepción. En ese momento me di cuenta de que los pacientes, en muchas ocasiones, tienen expectativas irreales sobre nosotros. Que, como mi madre, esperan que hasta una inexperta estudiante pueda obrar el milagro de salvar, de socorrer, de cambiar el transcurso de un fallo multiorgánico irreversible, a pesar de que hayamos alcanzado los límites de la ciencia. Qué importante es trabajar para los pacientes, pero también para la familia, para poder mirarles a los ojos y vivir con sinceridad ese “no podemos hacer nada más por él o por ella”.

Nunca nos hablan de nuestras primeras veces tras haber estado al otro lado, de la primera vez que vuelves a cruzar una UCI cuando has vivido la muerte de un ser querido, de la primera vez observas, con las manos temblorosas, una analítica igual de descorazonadora que la de la persona que has perdido. De la primera vez que, aunque parece un mito catastrofista de los dramas médicos televisados, en ocasiones, las opciones se han agotado. De la primera vez que, como en el examen de semiología que tuve en enero, te piden que identifiques eso que tanto te ha marcado. De la primera vez que te miras en los ojos de los familiares, esperanzados, y sabes que las noticias no son buenas, igual que no lo fueron para ti, para vosotros. En ese momento deseas salir corriendo para no robarles eso

último que les queda. Las palabras se enclaustran en la garganta como el humo del pueblo, como el fuego caliente de tu casa, tía, que ahora está tan fría sin ti.

En Ibiza, cuando alguien se muere, la gente te dice “molts anys de vida”, deseas vida a los demás, parece que a cambio de ésa que has perdido. Mientras la enterrábamos fue algo que me enfureció. Recuerdo que cuando llegué a casa y me quité los zapatos me percaté de que me dolía la mandíbula, había estado apretando los dientes todo el día para aguantar las lágrimas, desazón, el enfado. Estos sentimientos, que han ido mutando y evolucionando, aunque siguen ahí, me han enseñado a que cada uno vivimos la enfermedad, la pérdida, de maneras radicalmente distintas pero también sorprendentemente similares, y que, como yo, al menos podemos agarrarnos a las pequeñas cosas, como que no sufrió y que hicieron todo lo que pudieron, y es lo que espero, en un futuro, poder transmitirles a mis pacientes.

Y de repente llegó el día en que apareció Rosa, una paciente de 93 años que había estado ingresada en la UCI por el mismo motivo que mi tía, y que, una vez en planta y a punto de recibir el alta, sostenía la mano de su nieta, de mi edad, mientras la historiaba. Es inevitable pensar en por qué ella sí y mi tía no, en por qué la vida es tan discordante, pero también, aquel momento sanó algo en mí, pues me permitió recordar que hay personas que salen adelante, que pueden devolver el calor a las manos de sus seres queridos cuando se las dan, que a veces hay un final feliz entre tantos y tantos tan tristes.

Mi tía siempre me decía que “la experiencia es la madre de la ciencia” y en estas palabras solo quería reflejar que haber vivido, perdido y aprendido me ha enseñado tantas cosas que, aunque en ocasiones resulte desalentador tratar de recordar las implicaciones de un QRS ancho en el electrocardiograma, las líneas de tratamiento de la endocarditis o el algoritmo diagnóstico de la hiponatremia, siempre hay un nombre, una familia, y una ternura detrás de esas circunstancias a la que debemos honrar y respetar, como si de nuestra tía María se tratase.

Sara Prats Castillo

Tercer curso - Grado en Medicina